

EL ARTE DE VIAJAR POR LA MONTAÑA

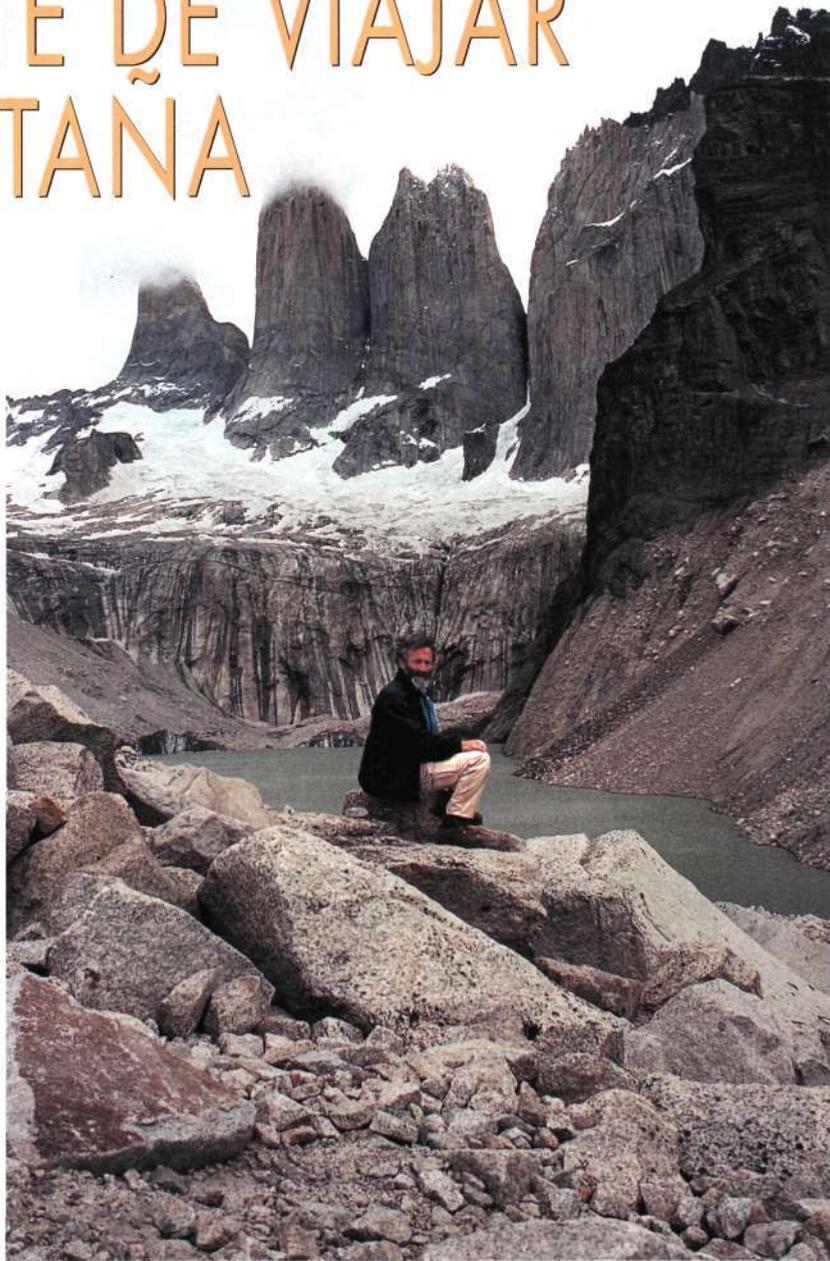
Claude Dendaletche

■ **Primavera de 1974**

Majada Sakhia, Alta Zuberoa. He conseguido

llegar sin demasiadas dificultades hasta la nieve profunda que muere en las cercanías de la cabaña. Estoy trabajando en la ilustración de lo que será mi libro "Montañas y civilización vascas" y he venido aquí para dibujar y fotografiar los utensilios pastoriles que sirven para la fabricación de queso, pues en aquella época se hacía queso en todas las txabolas suletinas. Oigo una voz, todavía un poco lejos, que me llama. Al cabo de unos segundos llega un esquiador. No nos conocemos y, asombrados ambos por el encuentro en una montaña tan invernal, nos presentamos mutuamente. Es Patrice Bellefon. Me dice que viene de Errayzé para repasar una etapa de su gran travesía de los Pirineos en esquís, que contará luego en "Itinérance pyrénéenne" (Denoël, 1980). Yo le enseño el tomo I, aparecido en septiembre de 1973, de mi "Guide du naturaliste dans les Pyrénées..." (Delachaux et Niestlé), del que Omega publicará después los tres tomos en 1982 en Barcelona. Patrice se despide y no sospecho que contará nuestro encuentro en su libro y que será el comienzo de una larga relación amistosa. En una de sus cartas me escribirá: "Hasta ahora no he prestado atención más que a las paredes y a las vías de escalada. Tengo que volver a empezar todo otra vez para aprovechar mejor todo lo demás...".

Han pasado veinticinco años. Mis vagabundeos montañosos, que empezaron aquí, en el primer círculo que rodea mi casa: Urtsumendi, Artzamendi, Mondarrain (Arranomendi), continúan. Nunca he hecho un viaje lejano para "conquistar" una cima e izar en ella una bandera pues, al considerarme un ciudadano del universo, me horrorizan las fronteras y los himnos territoriales. Mi curiosidad intelectual y mi pasión por los descubrimientos me han llevado a muchas montañas de las que he estudiado las culturas o las civilizaciones y la biología de los medios extremos. Pero al hacer eso, he encontrado también muchos seres humanos. Y he pensado que, para este número 200 de Pyrenaica, mi satisfacción por recordar algunos de ellos podría ser de interés para los lectores jóvenes e invitarles a aprovechar bien las marchas de aproximación hacia las altas cimas.



A la izquierda. Olhagainekoa, al pie del Artzamendi. En las otras fotografías. Tres imágenes tomadas en la Patagonia

■ DRAMA Y TRAGEDIA DE LOS POBLADORES

■ 5 de diciembre de 1994

Parque Nacional de las Torres del Paine, Chile.

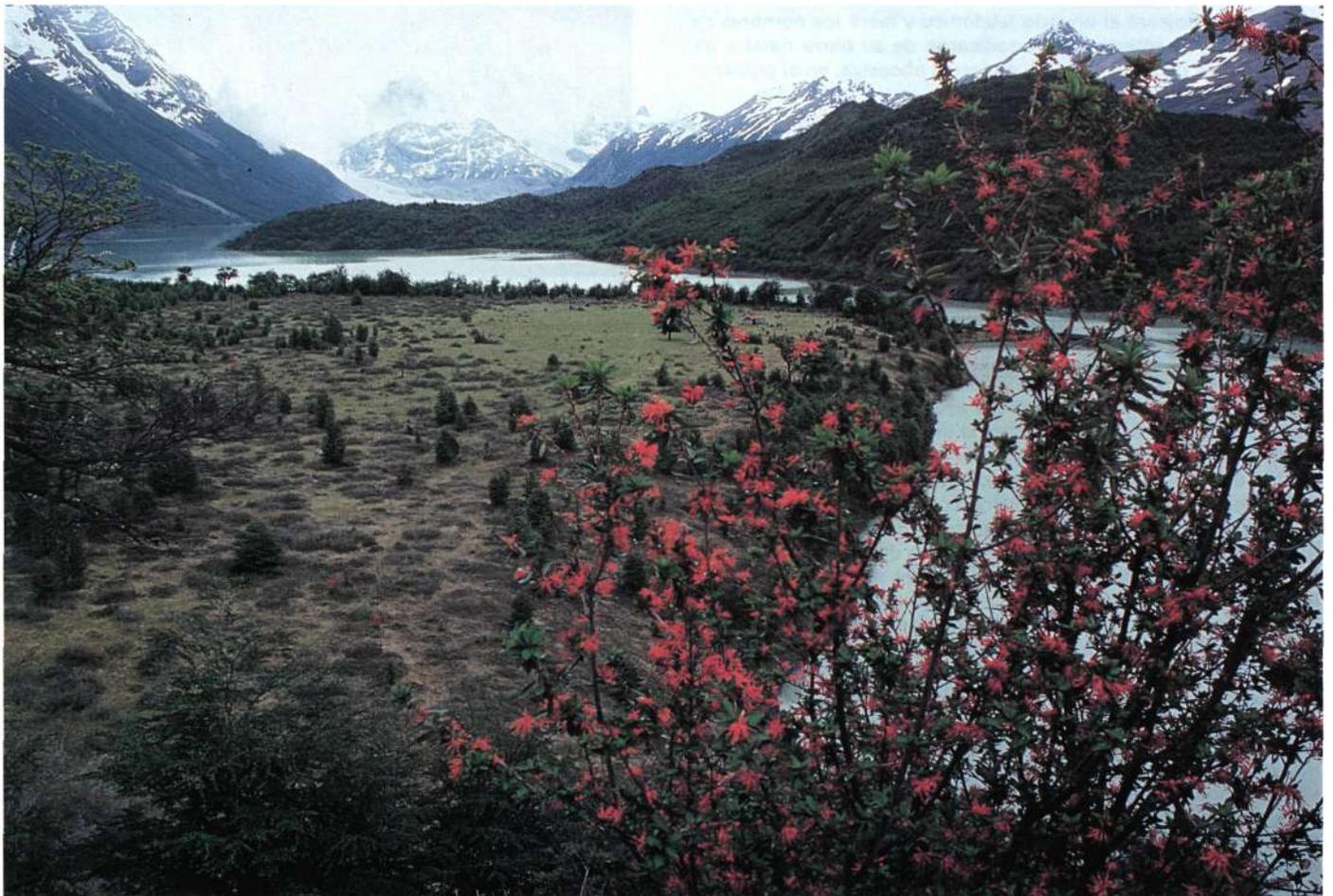
Ayer, después de una larga marcha a través de los bosques muertos y las turberas bordeadas de largas hierbas, perfecto biotopo para el puma cazador de guanacos, ñandús, ovejas y sobre todo potros, alcanzamos una loma adornada con esas flores extrañas llamadas "Zapatito de la Virgen" y descubrimos allí un emplazamiento ideal para situar nuestro campamento, al lado de la frontera argentina. El fuego de campamento, cerca del lago Paine, que forma parte de las 3800 Ha. de la estancia Paine, se llenó con conversaciones con los "baqueanos" que conducen las cabalgaduras que llevan nuestras pertenencias.

Hoy por la mañana nos acompañarán hasta el refugio Dickson, que alcanzaremos en cuatro horas de marcha. Hace una treintena de años vivía aquí un "poblador", llegado hacia 1947 a este lugar salvaje gracias a una concesión otorgada por el gobernador de la provincia, tal como era la costumbre entonces, con el fin de favorecer la colonización de la mayor parte del territorio del país. Antonio Núñez, ése era su nombre, vino aquí con su mujer. Construyeron una casucha con troncos de madera, muy sencilla, en la que una estufa de bronce ocupaba el lugar central pero sobre todo contaba con una empalizada muy alta de troncos puntiagudos, destinada a impedir los ataques de los pumas a las 150 vacas de la explotación. Para transportar en los caballos el queso que fabricaban para su venta y para avituallarse, Antonio seguía un largo itinerario periglaciario, que le permitía alcan-

zar en algunos días la pista carrozable. Cada una de sus ausencias necesarias le parecían muy largas a su mujer, que se quedaba criando a su hijo. Imaginemos este inmenso país en aquella época, la presencia de los pumas, el mal tiempo agudizado por el glaciar Grey, muy cercano, el alejamiento de los hombres: dura vida la de los pobladores, descendientes de los europeos expatriados. La mujer se imaginaba que su hombre tardaba tanto tiempo en volver porque se entretenía con otra mujer en la ciudad. Un día no aguantó más y, ante la ausencia de su marido, se disparó una bala en la cabeza. Eso ocurría en el verano austral de 1957. Después llegó la creación del Parque Nacional y la expulsión de todos los pobladores, entre ellos Antonio.

Es Rubén Cárdenas Chaitén, uno de los gauchos que nos acompañan, el que me ha contado esta triste historia, contestando a mis preguntas, de tal manera me parece desolado el lugar y misteriosamente cargado de historias. Rubén, cuya cara y una parte de su apellido recuerdan su origen amerindio, también me dice, textualmente: "Somos todos españoles, antes los *alcalufes* eran nativos". ¿Querrá con eso significarme el inmenso genocidio de los amerindios que acompañó a la usurpación de sus tierras por los europeos, fenómeno tardío que tuvo lugar aquí en el siglo XIX, cuando Europa, sobre todo Inglaterra, necesitó lana para sus manufacturas? ¡Inmenso genocidio del que nunca se habla!

Esos dramas quedan muy presentes en mi memoria mientras retomamos nuestro sendero, con las mochilas bien cargadas, hacia el vivac de esta noche y luego al Paso John Gardner, al ventisquero Grey, al refugio Grey, al borde del lago irisado con grandes icebergs azulados, y al cabo de





A la izquierda.
Patagonia
En las otras
fotografías.
Tres imágenes
tomadas en el
Himalaya

cuatro días al refugio del lago Pehoe. Como nuestros viveres se han deshecho durante la travesía, pido a Juan Carlos, un estudiante que gana aquí unos cuartos haciendo la cocina, que me prepare una tortilla de patatas. Charlamos mientras está pelando las patatas y le digo, en castellano, que yo vengo del país vasco. Me contesta: "¡Ah! Tengo un disco de música de allí... el grupo Negu Gorriá... creo que los vascos es un pueblo que pide la independencia... hay muchos aquí en Chile y todavía más en Argentina, porque son muy 'campesinos' ellos...".

El 11 de diciembre llego a Puerto Natales, a bordo del Fjord Última Esperanza. Nuevas construcciones turísticas, Patagonia empieza a ponerse de moda. Mientras deambulo por la calle, me fijo en los nombres vascos, italianos, eslovenos de los letreros. Por la tarde hojearé el anuario telefónico y leeré los nombres de aquellos cuyos antepasados erradicaron de su tierra natal a los amerindios y pensaré otra vez, de forma obsesiva, en el poblador del refugio Dickson.

■ EL MERCADER BUDISTA

■ 17 de julio de 1983

Es la tercera vez desde 1978 que traspaso el Pensi-La, un collado himaláyico que, con sus 4400 metros, es la verdadera puerta del antiguo reino de Zanskar. Volvemos de un largo periplo por estas montañas. Inmenso panorama de hielo, nieve y rocas bajo el bello cielo de los países de cultura tibetana. Parada y té en el collado, cerca de un "chorten" erizado de banderas multicolores de oración, en agradecimiento de los caravaneros a las divinidades, por haberles permitido vencer a los demonios de una pista difícil. Observo con la ayuda de los prismáticos un jinete cuya silueta se destaca sobre la inmensa lengua de hielo de Durung-Durung, viniendo de una cima poco alejada de las dos puntas del Nun-Kun, por encima de los 7000 metros. Poco después llega a nuestro lado. Le interrogo por medio de un intérprete.

Viene de Padum, igual que nosotros, a diez días de marcha, y va a Kargil, donde llegará en tres o cuatro días de cabalgada. En Kargil, él que es budista, se encontrará entre musulmanes chiitas. De hecho, va a intentar vender o cambiar unos puñados de sal y objetos diversos contra algunos pequeños instrumentos. Sobre todo va a encontrarse con otras gentes que vienen de valles cuyo acceso está prohibido a occidentales como nosotros. Y así va a instruirse de cosas de este país en el que se incuba la guerra, pues estamos en los límites de India, Pakistán y China. Al ir al mercado, hace como todos los campesinos, sólo que lo que entre nosotros ocupa una mañana por semana, a él le va a suponer estar ausente de su casa por lo menos diez días. Pero el tiempo cuenta verdaderamente poco para los pueblos himaláyicos, caravaneros durante varios meses. Nuestro jinete sale en seguida hacia su siguiente parada, hacia su siguiente té.

18 de julio. Larga parada en Juldo, donde acaba el país budista



y comienza el país balti y el islam. Feliz sorpresa, nos encontramos con nuestro amigo Olivier Follmi, que hace de guía de un pequeño grupo de europeos. Olivier habla "ladakhi" (dialecto tibetano), pasó aquí un invierno entero y siguió el difícil trayecto del río helado, el único camino para salir de Zanskar en invierno, durante más de seis meses. Después, adoptó a dos niños del país. Autor de varios libros muy bellos, sobre todo fotográficos, consumado viajero, sigue desde entonces ofreciendo mucho de sí mismo a este país, con una bella generosidad. Hablamos con él de Michel Peissel, gran explorador himaláico, pero que llegó muy tarde a Ladakh-Zanskar. En Juldo vive el nativo que le sirvió de guía. Por él nos enteramos de los pequeños defectos del gran hombre y especialmente su error de hablar a veces de cosas que no ha visto...

Dos días más tarde llegamos a Panikhar, donde esperamos poder descansar un poco antes de iniciar nuestra travesía del Gran Himalaya que nos conducirá a Cachemira. El trayecto hasta aquí ha sido difícil: crecida del río, desprendimiento de enormes bloques de hielo sobre el camino... En un recodo nos da el alto un gran destacamento del ejército indio. En cuanto ve nuestra pequeña caravana que viene de Padum, el oficial comandante se acerca a nosotros para preguntarnos si hemos encontrado problemas en nuestro viaje por el Zanskar. Se sorprende de nuestra respuesta negativa. A nuestras preguntas nos cuenta que ha llegado a la comandancia de Srinagar el anuncio de una revuelta con muertos en Padum y que por eso han enviado la tropa con la que nos encontramos ahora. Si tenemos en cuenta que la tropa se encuentra todavía como mínimo a ocho días de marcha y que la revuelta es inexistente (todo lo más, quizá haya habido alguna pelea entre musulmanes y budistas) ¡esto parece verdaderamente una historia de locos!

■ CAZAMARIPOSAS DEL KUN

■ 20 de julio de 1983

En la Guest House de Panikhar en la que nos encontramos está también instalada esta noche una pequeña expedición japonesa. Pretenden escalar el Kun. Observo los preparativos de la comprobación del material y su distribución en los bultos para cada caballo, mientras charlo con el jefe de la expedición. Me explica que desde hace tres días añade polvos de serpiente a los terrones de azúcar que trata de engullir para preparar mejor sus músculos al esfuerzo. Encuentro un poco extraña esta dietética extrema oriental, pero no me atrevo a decírselo, cuando considero lo firme que es su creencia en la poción mágica. ¡Ay! Tendrá poco efecto porque, cuatro días después, la expedición se ve obligada a abandonar por causa de un accidente. Y veo en Panikhar volver a pasar la abigarrada caravana con destino a Kargil.

Al mismo tiempo llega otro japonés, que transporta entre sus pertenencias un inmenso cazamariposas. Me entero de que es un universitario especializado en no sé qué familia de mariposas himaláicas. Por la noche me muestra el producto de su caza, que encierra en pequeñas bolsas de

celofán, con las máximas precauciones. Consigo preguntarle, por medio de cuestiones prudentes, si se interesa también en las plantas, en los otros animales, en la vida de la gente, en el budismo, en el islam, en la historia de este país. No, no le interesa nada fuera de las mariposas, y ni siquiera todas las mariposas, sino ¡solamente la familia en la que está especializado! Por otra parte, ni ha dirigido la palabra a sus compatriotas, los alpinistas japoneses. Me imagino que debe despreciarlos porque sólo se interesan en el alpinismo, y no en las mariposas. Y me digo entonces a mí mismo, que el pequeño mundo que frecuenta las montañas más altas del Planeta Tierra está compuesto de pequeños grupos, de pequeñas tribus de intereses no convergentes, de gentes que se ignoran unos a otros mientras coexisten a los pies de las altitudes sublimes, bajo el bello cielo himaláico.

Quizá yo también, desde el punto de vista de los escaladores, soy un personaje aberrante que viaja para observar la vida de las plantas, de los animales y de las personas, en el medio extremo de la alta altitud y que, pasando al pie de soberbias paredes, las desdeña para ir a ver más lejos. Seguramente habré recorrido a pie más de 1000 km en el Himalaya, entre 1978 y 1996, fecha de mi último viaje allá. Al despegar de Leh, el avión dio una gran vuelta y vi el valle de la Nubra y el Chantang de donde yo volvía y vi, sobre todo, el K2. Y todavía aquí, al pie del Artzamendi, en la tierra vasca en la que estoy escribiendo, pienso siempre en la pureza del cielo himaláico occidental.

■ EL FUEGO SAGRADO

■ 31 de diciembre de 1999

Como de costumbre, salimos de casa para pasar en el monte el cambio de año. Desde hace veinte años nunca nos hemos quedado aquí... Lo primero es la ceremonia de la preparación de la mochila. He necesitado más de cuarenta años de ir al monte para aprender a no llevar más que lo esencial, a partir libre de cosas. Junto al saco de dormir y la tela vivac nunca olvido varias cosas: mi gorro de lana azul oscuro (me ha acompañado por todas partes: en el Sahara, en el Atlas, en el monte Kenya, en los Andes, en el Cáucaso, en los Cárpatos, en Escandinavia, en el Tatra, en el Pindo, etc), mis cubiertos de boj amarillo de Guara, tallados por el molinero de Las Almunias, una libreta, los prismáticos, un libro... y, sobre todo, un proyecto de libro.

Creo que nunca he salido de viaje sin un proyecto (¡o dos!) de libro en la cabeza. Y ahora, mientras subimos desde Beherobia por el viejo sendero de la transhumancia, abandonado en gran parte desde entonces, compongo trozos de mi "*Essai sur les basques*", en el que trabajo desde hace tantos años. Porque la caminata es también una ocasión magnífica para pensar, para encontrar nuevas ideas, metido en paisajes nuevos. Hoy el tiempo está gris, la nieve vendrá a juntarse con nosotros pero ya habremos alcanzado el gran abrigo en la cueva ribeteada de encajes de roca, antes de que empiece a caer copiosamente.

La montaña está absolutamente vacía de rebaños y de hombres. La mayor parte de ellos se preparan para pasar las fiestas en sus casas bien calientes o en lugares de música atronadora, a no ser que se hayan marchado al Caribe. Nosotros hemos venido a este lugar esencial de la montaña vasca y encendemos el fuego para la noche. Seguramente los primeros pastores de hace tres milenios también calentaron este lugar mágico. No hacemos, con

nuestra presencia, más que perpetuar una tradición. Las rocas de la pared están rellenas de fósiles marinos. Eso nos recuerda que antes de convertirse en montañas, estas rocas se amontonaron durante millones de años en los fondos oceánicos, y nos evidencia la evolución biológica, de la que nosotros no somos más que un escalón.

Las ramitas de boj hacen chisporrotear el lenguaje del fuego. Me acuerdo de que hace unas decenas de años, un anciano había venido a verme cuando yo pasaba unos días en la majada de Harluzia, en la Alta Zuberoa, no lejos de Otsogorrigaina. Entonces yo escribía "*Montagnes pour un enfant*". Me enseñó a descifrar el lenguaje del fuego. Después he escuchado el fuego de los vivacs en muchas montañas del mundo por las que he tenido la suerte de caminar. Estoy pensando que quizá tenga que escribir sobre eso algún día un libro... □



FOTOS DEL AUTOR